

# Extranjero en su patria

Por  
Godofredo Rudel



Este tronco fué aquel árbol,  
Esta piedra aquella ermita,  
Este olvido aquel amor,  
Esta pena aquella dicha.

A. Martínez Olmedilla.

I

“Por qué el amor se complace en asestar sus dardos a corazones distanciados entre sí por la posición social?” Algo parecido a esta pregunta se formulaba a sí mismo Javier Díaz, aun no cumplidos los diez y ocho años, midiendo el abismo que le separaba de aquella que despertara su alma a las exquisiteces del amor primero, linda criatura, dos años más joven que él, hija única de acaudalado naviero de Manila. Enamoróse de ella locamente desde el punto y hora en que la vió penetrar en el establecimiento de bisutería y perfumería donde trabajaba como despachador. Fué en una tarde de septiembre tristonía y gris. Lloviznaba con intermitencias, empañando la humedad la cristalería de los escaparates. Dijérase que el aliento de la melancolía ambiente estampaba su indefinible sello de tristeza sobre las almas y las cosas. Y sin embargo, en el corazón ingenuo de Javier alboreaba aquella tarde una aurora teñida de rubores, merced al hechizo que emanaba de aquella grácil mujercita con quien tuvo que agotar su horteril repertorio de lugares comunes, hasta moverla a comprar unos frascos de finas esencias, de exóticos y misteriosos aromas, sutiles y delicados como la compradora.

Al cerrar por la noche el establecimiento, retiróse Javier de acuerdo con sus hábitos, a la casa de la calle Misericordia donde se hospedaba en unión de varios estudiantes forasteros. Era huérfano de padre y madre. De los tres pesos

diarios que percibía como dependiente, tenía que subvenir a sus necesidades, entre las cuales la más onerosa sin duda era la indumentaria, pues su profesión así lo requería. Calcúlese, pues, los milagros que podría hacer el mancebo con tan exiguo peculio. Y así y todo vivía, y aun le sobraba algun pesillo con que comprar buenos libros a los que era muy aficionado. Si la lectura puede ser vicio, Javier era un vicioso contumaz: jamás se acostaba sin antes leer tres o cuatro horas. Dotado de gran retentiva, asimilábase las ideas con suma facilidad y poseía copioso léxico, digno de mejor causa que la de vender trencillas, encajes y lociones, y motivo suficiente para ser un desgraciado, porque el talento del pobre suele ser con frecuencia espada de dos filos.

La noche en que le vemos regresar a su casa, apenas hubo cenado frugalmente, trató de leer como de costumbre; pero en vano concentraba el pensamiento procurando saborear las inspiradas páginas del libro: entre éste y sus ojos se interponía la silueta adorab'e de Lucía, la hija del naviero. Aquella figura corpórea superaba a todas las heroínas de sus libros predilectos; era el ensueño hecho carne femenina, el ideal convertido en mujer. La dulce mirada de los pardos ojos de Lucía parecía seguir acariciando su alma de adolescente como una mano suave e invisible que le recordaba las manos de su pobre madre, pero con otra suavidad desconocida, aterciopelada, exquisita. No pudiendo leer, dejó el libro sobre la mesita de noche y se acostó murmurando: “¡La quiero, la quiero con toda mi alma!”

## II

Desde el día siguiente, notaron los compañeros de mostrador que Javier desatendía a la clientela, volviéndose huraño y distraído, y dando a menudo equivocadamente un artículo por otro. Sólo cuando de tarde en tarde entraba en la tienda Lucía acompañada de su madre o de alguna amiga, operábase en el ánimo del joven una súbita transformación: sus ademanes se ennoblecían, su voz adquiría un timbre extraño y melódioso, sus ojos negros brillaban con inusitado fulgor. Lucía no pudo menos de fijarse en aquel dependiente tan oficioso, tan amable, y a él con predilección se dirigía para sus compras, sin sospechar la calidad de los sentimientos que le inspiraba, con lo que el discreto y recatado amor del muchacho crecía como el fuego de una hoguera a la que se añade combustible, ofuscándole la razón, aunque no tanto que no comprendiese las dificultades que necesitaba vencer si quería escalar la torre de marfil de sus amorosos sueños. Quizás exageraba la magnitud de los obstáculos que le separaban de Lucía, pues sabido es que a la edad de Javier por aquel entonces, en todos los hombres predomina la imaginación sobre el entendimiento, y, como dijo un renombrado escritor, el riachuelo de nuestro pueblo se nos antoja un Amazonas, y el primer monte que vimos al nacer, un Everest. Sentado esto, ¿qué singularidad había en que Javier creyese amar un imposible?

A solas con su amor inconfesado, Javier soñaba generosamente en los sacrificios que sería capaz de realizar por obtener el cariño de Lucía. Por ella se sentía con arrestos para afrontarlo todo, aun la misma muerte. Y así continuó soñando, hasta que, una malaventurada tarde, vió a Lucía, en la Luneta, acompañada por un joven gallardo y bien vestido a quien de vista conocía, sabiéndolo además hijo de un encumbrado prohombre de la ciudad. Aquella noche lloró Javier de pena y rabia al verse preterido y postergado por su mediocridad y su vergonzante timidez. "¡Lucía, Lucía—gemía remedando sin darse cuenta al poeta sevillano,—como yo te he querido, *ése* no te querrá!"

## III

Nadie supo adónde había marchado Javier. Salió de Manila sin despedirse de nadie; se creía que había emigrado al extranjero. Nosotros sabemos algunos detalles más. Salió en efecto de Manila, pero fué enrolado como tripulante en una goleta inglesa con rumbo a la ciudad de El Cabo, resuelto a hacerse minero en el Transvaal. Las minas de diamantes del sur de Africa le atraían como un espejismo deslumbrador. La

sólida cultura que sus copiosas y aprovechadas lecturas le proporcionaran, en relación inversa con sus escasos medios de vida, hiciéronle ambicionar y soñar riquezas y aventuras en remotos países, donde la fuerza y el ingenio prevalecen sobre todas las prerrogativas humanas. Y tales aspiraciones, que embargaron su mente a partir del instante en que vió a Lucía perdida para él, fueron como un cauterio o un bálsamo eficaz que fué paulatinamente borrando de su memoria el nombre y la imagen de su adorada.

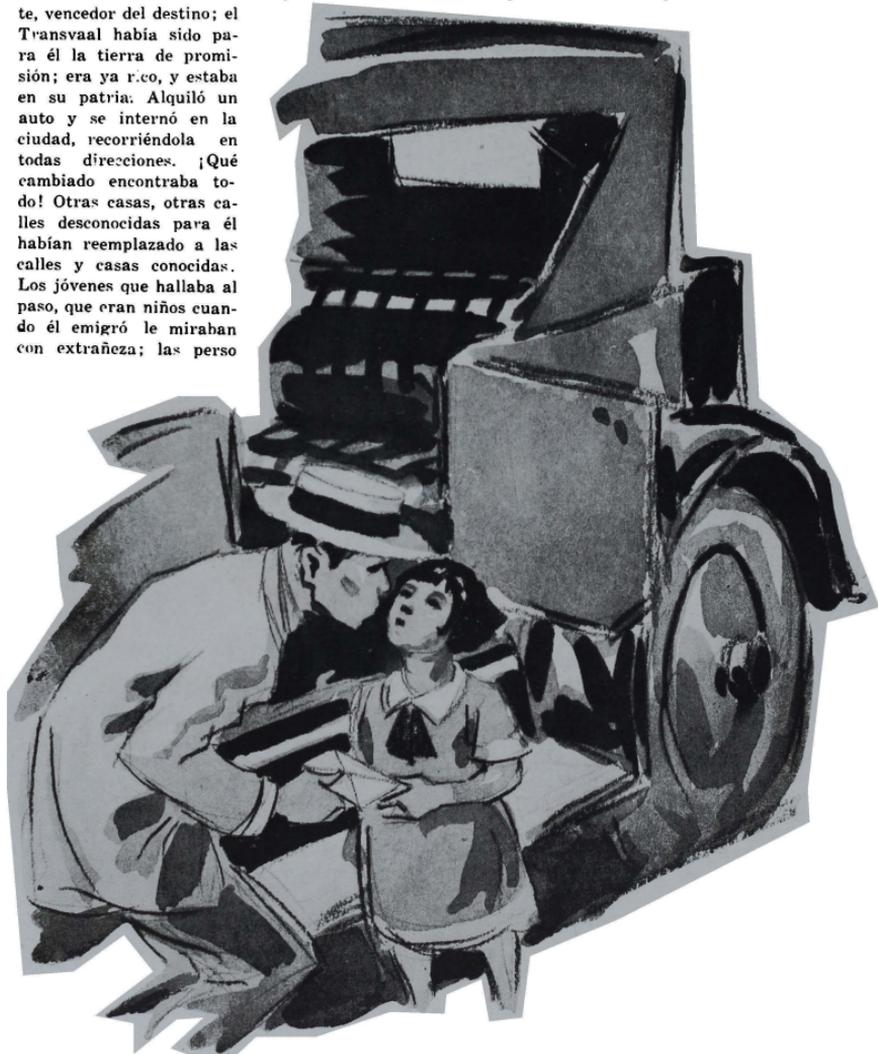
El tiempo llevóse en su sosegada corriente diez largos años, y Javier no había aún regresado. Entretanto la ciudad de Manila se modificaba, se transformaba. Las piquetas de la modernización derrumbaban las seculares edificaciones, erigiendo en su lugar nuevos edificios y abriendo, en sustitución de las angostas calles antiguas, amplias y rectilíneas avenidas. La renovación constante de todo alcanzaba aun más a las personas que a las cosas, cambiando su estado, envejeciéndolas o suprimiéndolas por la muerte. En cuanto a Lucía, se casó con aquel individuo que truncara las ilusiones de Javier, y fué casi feliz durante cinco años, viéndose madre de un niño y una niña. A partir del sexto año de matrimonio, una ininterrumpida serie de desgracias cayó sobre ella: murieron sus padres y su suegro; su marido se arruinó en especulaciones aventuradas, arruinándola asimismo a ella. Desesperado, dióse a la bebida de tal modo, que perdió el juicio y hubo que recluirló en San Lázaro. Viéndose Lucía en la mayor inopia y desamparo, refugióse con sus dos hijitos en una menguada accesoria de la calle Benavides. Allí malvivía la infeliz, cosiendo y bordando hasta muy entrada la noche, mal alimentada, perdiendo la vista y la salud por sacar adelante aquellos pedazos de sus entrañas. Ya no era la encantadora Lucía de otros tiempos: en sus facciones demacradas por el sufrimiento costaba trabajo reconocer su pretérita belleza; una toseilla seca la molestaba y lastimaba de cuando en cuando, haciéndole temer alguna incipiente enfermedad pulmonar. Llegó un tiempo en que no pudo desvelar; los pocos ingresos que le dieran la costura y bordado fueron disminuyendo aterradoramente; la imagen del hambre surgía pavorosa ante sus bellos ojos fatigados, y todas las miserias humanas tomaban cuerpo en la figura sórdida del casero, que la amenazaba con el arroyo si no le pagaba varios meses de alquiler que le debía.

## IV

Después de doce años de ausencia, una hermosa mañana de diciembre desembarcaba Javier

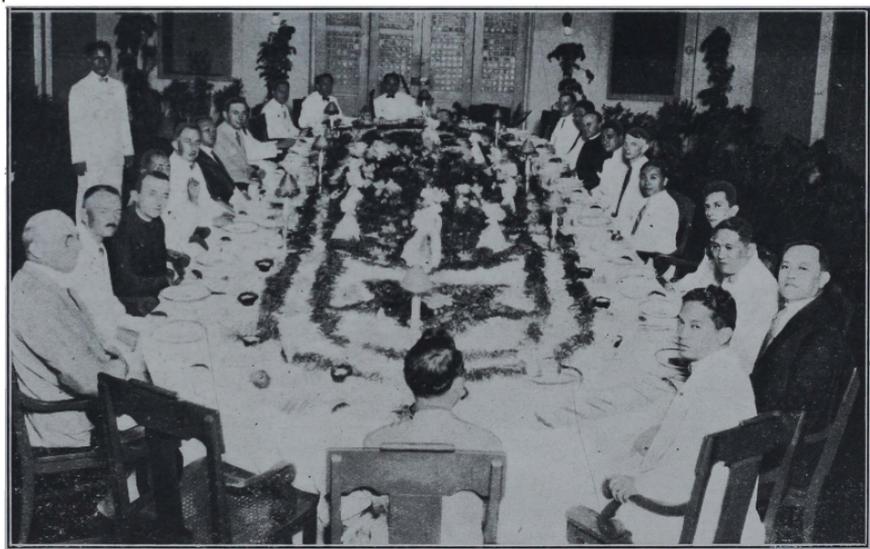
Díaz de un lujoso trasatlántico en uno de los *piers* de Mani.a. Vestía elegantemente, si bien con sencillez; un rútilo solitario engarzado en platino destellaba en el dedo anular de su mano izquierda. El imberbe hortera de antaño se había metamorfoseado trocándose en un respetable hombre de negocios, al parecer, o más bien en un rentista desentendido por completo de todo cuidado material. En realidad, volvía triunfante, vencedor del destino; el Transvaal había sido para él la tierra de promisión; era ya r.co, y estaba en su patria. Alquiló un auto y se internó en la ciudad, recorriéndola en todas direcciones. ¡Qué cambiado encontraba todo! Otras casas, otras calles desconocidas para él habían reemplazado a las calles y casas conocidas. Los jóvenes que hallaba al paso, que eran niños cuando él emigró le miraban con extrañeza; las perso-

nas de más edad ni se fijaban en él. Pasados los primeros transportes de alegría por verse en su país, casi se arrepintió de haber salido del Transvaal, donde al menos era alguien. ¡Oh, qué melancolía se infiltraba en su alma al verse ignorado de todos, extranjero en su propia patria! Tentado estaba de volverse en el mismo barco en que viniera, cuando, al pasar por frente a la casa que fuera de Lucía, un mundo de recuerdos





*Banquete de despedida dado en el Tom's Oriental Grill por el Sr. Toribio Teodoro en honor al conocido industrial, Sr. Gonzalo Puyat, que ha salido en viaje de recreo al rededor del mundo.*



*Astrónomos Extranjeros y locales que fueron obsequiados con un banquete en el "Manila Hotel", por el Alcalde interino de la Ciudad, Sr. Santiago Artiaga, y en el que se pronunciaron discursos, destacándose como uno de los más interesantes, el del Dr. Sollenberg, quien, según dijo, tuvo ocasión de hacer importantes estudios en Iloilo durante el pasado eclipse solar.*

se alzó en su memoria: su adolescencia, su primer amor, Lucía... ¿Qué habría sido de ella? ¿Seguiría soltera? Si así fuese, quizás su viaje no resultaría baldío. Hizo parar el auto frente a la antigua casa del naviero; preguntó a un viejo jardinero por la familia Montemayor, y supo con estupor toda la triste historia de Lucía. Indagó su nuevo domicilio, y a los pocos momentos llamaba a la puerta de la accesoria donde aquella vivía. Ella misma salió a abrirle.

—No he venido descaminado—dijo reconociendo a su adorada de mejores días a través de los estragos que la miseria había impreso en su rostro.—Es Vd. la Sra. que busco, Lucía Montemayor.

—Sí, señor; pero yo no tengo el gusto de conocer a Vd. ¿En qué puedo servirle?

—Concediéndome unos instantes de atención.

—Pase Vd.; aquí en este corredor hay excesiva humedad.

Pasaron a una estancia pobremente amueblada. Sentaronse en dos sillas, y Javier inició la conversación, diciendo:

—Vd. Sra., no se acordará de mí. Es claro; nunca en la vida nos hemos hablado más que de un modo superficial; pero seguramente, si su memoria no le es infiel, recordará Vd. a un dependiente de comercio de la Escolta, a quien hacía Vd. sus compras de artículos de tocador.

—En efecto: comienzo a reconocer la fisonomía de Vd., por más que los años se la hayan cambiado mucho; como a mí, por supuesto. ¡Oh tiempos aquellos! ¡Qué feliz era yo entonces!

Transcurrieron unos momentos de dolorosa pausa, al cabo de los cuales Javier, conmovido, reveló a Lucía cómo la quiso sin ella saberlo; cómo sus ambiciones le lanzaron a lejanísimos países, y cuánto le había apesadumbrado el saber al objeto de su amor casada y sin marido, huérfana y desvalida, enferma y madre. Lucía le escuchaba atónita, sin interrumpirle; pero al brindarse Javier a ayudarla, dijo entre agradecida y severa:

—Es Vd. muy bueno, caballero. Dios le pague sus generosos sentimientos, aunque mi decoro y mi deber me impidan aceptar sus ofertas.

—¡Cómo! ¿Rechaza Vd. mis desinteresados ofrecimientos? Respeto sus escrúpulos, pero sepa desde hoy que hay alguien en el mundo que se

interesa por Vd. y que se complacería siéndola útil. Adiós Lucía—dijo levantándose y dando por terminada su gestión.—Mas... ahora que recuerdo—agregó,—¿dónde están sus niños?

—Es verdad; me había olvidado de enseñarse los.—¡Marta, Pedro, venid!—llamó con ternura.

Aparecieron los dos niños, algo cohibidos. Marta, la mayor, era el vivo retrato de su madre. Javier los acarició con cariño, y ya se olvidaba de marcharse, cuando la niña, encarándose con su mamá, le dijo ingenuamente:

—Mamá, tengo hambre.

El rubor coloreó las pálidas mejillas de Lucía. Javier hizo como que no lo notaba, y, como si tal cosa, habló a la niña:

—Precisamente he dejado en el auto un paquete de pasteles. Acompáñame hasta la calle y te los daré. ¿Quieres, nena?

—Sí, sí—aprobó la chiquilla palmoteando de gozo.

—Supongo que no opondrá Vd. reparo a esto, Lucía...

—¡Oh, no! Y gracias por parte de la niña.

—Adiós, pues, Lucía.

—Adiós, caballero, y cuente con mi estimación.

Se estrecharon la mano, conturbados ambos, y bajó Javier a la calle acompañado de Martita.

Segundos después subía la niña lloriqueante, llevando en la mano un sobre.

—¿Qué te pasa?—le preguntó la madre.

—Que aquel hombre es un embustero: en vez de pasteles me ha dado muchos besos y esta carta.

—A ver, dámela.

Abrió Lucía el sobre, y cuál no sería su asombro al ver que contenía un fajo de billetes de cien pesos y una tarjeta con el nombre de Javier y la dirección de su domicilio en Johannesburg, Transvaal. En unas breves líneas escritas al dorso indicaba que partía en el acto para el Africa, donde se ofrecía incondicionalmente a Lucía para lo sucesivo.

Y era cierta la marcha de Javier. Mientras Lucía besaba emocionada la firma de su providente bienhechor, salía aquel de Manila a bordo del barco que lo trajera, desilusionado, melancólico, pensando con el poeta:

“Olvido, dulce olvido,

Tumba eterna eres tú del bien perdido.”